

SILES-SALINAS, Jorge: *Ante la Historia*. Conciencia histórica y revolución. Editora Nacional. Mundo Científico. Serie Filosofía. Madrid, 1969. 285 págs.

Se compone este libro de una serie de ensayos publicados anteriormente en revistas sudamericanas y españolas. El subtítulo es muy expresivo, y de ambos términos—Historia y Revolución— puede hablar con conocimiento de causa el autor, profesor que ha sido de Filosofía de la Historia en la Universidad Católica de Valparaíso, y que ha vivido intensamente las convulsiones sociales y políticas de la revolución en su patria, Bolivia, en estos últimos años.

En el primero de estos ensayos—*Tradicición y Etica*—se estudia el significado y el valor ético de la tradición, que apunta hacia el pasado y hacia su pervivencia a través del tiempo. La historia avanza y da lugar a situaciones en virtud de una tradición que continuamente se está proyectando hacia adelante y trascendiendo a sí misma. Porque el devenir es una de las categorías fundamentales de la vida; mientras haya vida humana habrá historia, y movidos por ella, se sucederán los estilos y las modas. Y siendo inherente a la vida humana la historicidad en todas sus manifestaciones, se sigue de ello que para entender al hombre y a todo lo humano hay que situarlo históricamente, inscribirlo en una determinada época o cultura, referirlo a un ámbito histórico preciso, ya que *el hombre* o *la humanidad*, como abstracciones, no existen, no son más que figuraciones del pensamiento racionalista; existe sólo el hombre concreto en la circunstancia histórica que le ha tocado vivir.

Esa historia, que soy yo, sigue viva en mí, me sostiene y me guía, pero no arrastra todo aquello que en mi circunstancia dejó de ser al convertirse en pretérito de lo que hoy es. Es decir, que el pasado, no por haber pasado ha muerto, pasar no significa dejar de ser, sino dejar de ser realidad presente para dejar sobrevivir las posibilidades cuyo conjunto define la situación. Tiene la historia una forma privativa de ser y es la de ser *desde* el pasado; y ese pasado que somos se nos presenta bajo la forma peculiarísima de haberlo sido. Y tiene el hombre, *velis nolis*, un pasado a sus espaldas que condiciona y posibilita su futuro, porque no le es dable al hombre sustraerse a su condición de heredero de una tradición y sus valores que debe continuar, ya que en la continuación está la mejor confirmación de la tradición. En oposición a Ortega y siguiendo a Jaspers, el autor afirma, con la mejor doctrina, que el hombre es a un tiempo naturaleza e historia; lo que hay de naturaleza se patentiza por medio de la herencia; la historia, en cambio, se manifiesta en la tradición.

Por esto, la revolución es negación del pasado. Los reformadores políticos han partido siempre de la creencia de que el pasado es algo que puede ser destruido en absoluto y la revolución no repara en medios para lograr eso que constituye su objetivo esencial.

Sin embargo, la tradición tiene un gran valor. No es rutina, fosilización, reaccionarismo, decadencia o el modo de defender la persistencia

de formas sociales injustas. «Nada de esto tiene que ver con la tradición; la ética de la tradición comporta un interés por el pasado no en cuanto pasado, sino en cuanto actúa sobre el presente». Bien lejos de significar la repetición de lo pasado, la tradición supone la realidad de lo que dura. Y si no todo lo pasado, por el mero hecho de haber pasado, es digno de recordación y de supervivencia, el culto a lo nuevo, por ser nuevo, del que se deriva una actitud futurista y utópica ante la vida, debe igualmente denunciarse como otra grave deformación del sentido histórico.

Por eso el autor señala como «fuentes principalísimas de la Revolución contemporánea» la negación de la historia, haciendo borrón y cuenta nueva con el pasado, previa su liquidación, y una aspiración antitética de la anterior, a través de una divinización o glorificación de la historia, cuyos resultados u objetivaciones se reputan como necesarios de un proceso que condiciona e imprime un sentido a la vida humana. La primera corriente—dice—es la del racionalismo; la segunda se confunde con el historicismo.

En ensayos siguientes, Siles Salinas hace un análisis sumario de esas tendencias, «en cuanto ambas contribuyen a delimitar el perfil de la Revolución actual».

De la Revolución actual hace una crítica muy aguda y severa, apoyada doctrinalmente en recientes documentos pontificios, que distinguen cuidadosamente entre evolución y revolución, y denuncia el autor la ingenuidad de los que hablan de «revolución pacífica» llamando revolución a cualquier cosa y propugnando la vía revolucionaria de la violencia y la ilegalidad para arreglar los males de los pueblos. «Causa asombro—dice—ver con cuánto desenfado, con qué alegre desparpajo no pocos valiosos exponentes del pensamiento se convierten en panegiristas de la revolución. Nos atreveríamos a decir de tales manifestaciones de irresponsabilidad e inconsciencia que ellas estriban fundamentalmente en una noción ingenua acerca de lo que es objetivamente una revolución». Pero «la Revolución genuina, la Revolución social, la que se ilustra hoy con la fuerza del mito, esa Revolución es inconcebible sin el Terror». La Revolución—termina Siles Salinas—es un mal.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

SOLAGES, Bruno de: *Iniciación metafísica*. Razón y Fé. Madrid, 1967. 461 páginas.

Esta obra es mucho más que una simple iniciación. Es una magnífica y breve síntesis, una «suma» concentrada de todos los grandes problemas básicos del pensamiento metafísico. Su terminología y su técnica son enteramente llanas y sin complicaciones, pero ello ayuda poderosamente a transmitirnos un pensamiento enteramente granado y maduro. A una doctrina filosófica fundamentalmente clásica ha logrado incorporar lo mejor de las muchas conquistas logradas por la inteligencia hu-